

ala delta

Mariano
FUENTE BLANCO

**UNA TARDE DE
ALTOS VUELOS**



Una pandilla de chicos de un pequeño pueblo se aficiona a la papiroflexia. Satisfechos por los modelos conseguidos, deciden hacer volar sus aviones. En cuanto suben a la torre de la iglesia y comienzan a lanzarlos, se organiza un buen jaleo.

Mariano Fuente Blanco, filólogo y periodista, se dedica a la enseñanza de Lengua castellana y Literatura. Su pasión por la naturaleza y por el campo queda plasmada en esta divertida historia.

Una tarde de altos vuelos

*A quienes se reconozcan
en estas páginas.*

Índice de contenido

Cubierta

Una tarde de altos vuelos

Parte primera

Parte segunda

Parte tercera

Parte cuarta

Parte quinta

Parte sexta

Parte séptima

Parte octava

Parte novena

Parte décima

Parte primera

VIVÍAMOS en un pueblo muy pequeño que miraba al sur. Nuestros antepasados lo habían construido en el valle abierto por el arroyo a lo largo de millones de años de erosionar la tierra, según el maestro. Las casas y los huertos se acurrucan en la hondonada, al resguardo del cierzo. Los campos y las eras, el bosque y las viñas, están en la inmensa llanura de arriba, que, en los mapas, se llama El Páramo.

Puede decirse que la mayoría del tiempo éramos felices. Nuestras vidas giraban en torno a la escuela, los juegos y los trabajos del campo.

Los inviernos, largos y rigurosos, se prolongaban varios meses. Nevaba mucho, las temperaturas bajaban de cero con frecuencia, y pasábamos semanas enteras sin poder salir a la calle. Era el lentísimo tiempo del frío. Nuestras madres nos ponían tanta ropa encima que resultaba difícil jugar con soltura. Al acabar la escuela, empezaba la parte más agradable del día. Nuestros lugares preferidos, la plaza y las praderas al lado del agua, se llenaban de carreras y voces en una algazara que duraba hasta la llegada de la oscuridad. Para vadear el arroyo construíamos zancos de palo que, a veces, nos traicionaban en mitad de la corriente. Con botes de conserva vacíos y cuerdas fabricábamos artilugios para correr sobre el hielo. Hacíamos grandes bolas de nieve que luego arrojábamos por las laderas abajo. También levantábamos muñecos de nieve y manteníamos reñidas escaramuzas a bolazos. Pero, sobre

todo, nos encantaba meternos en los charcos con nuestras botas «katiuskas», a chapotear y bailar danzas que nadie sabía cómo habíamos aprendido ni de dónde nos venían. Cuando teníamos sed, íbamos a beber a los caños de la fuente, pero, si estábamos lejos, chupeteábamos los carambanos que colgaban de las bocatejas. Lo demás era sacudirnos las manos para calentarlas, jugar al fútbol y correr, correr; correr y correr sin parar para combatir el frío. Siempre teníamos éxito en nuestro empeño: cada tarde llegábamos a casa hambrientos y agotados, con las mejillas rojas y los pies empapados. Nos regañaban nuestras madres, nos daban de cenar y nos metían a la cama. En mi habitación crepitaba, durante todo el invierno, una estufa al rojo que irradiaba haces de color escarlata. Trepaban por las paredes e interpretaban, según la clase de madera que ardiera, preciosas danzas rítmicas, tan misteriosas como las nuestras en los charcos. Sólo con verla, sentía calor y me dormía esperando el alborozo del nuevo día.



Hacia mediados de marzo llegaba al fin una mañana en que aparecía la primera abeja revoloteando entre las plantas. Era el anuncio del resurgir de la vida. El afortunado en descubrirla anunciaba a los demás la buena nueva que le convertía en un héroe durante los meses siguientes. Todos nos reuníamos alrededor. La observábamos describir círculos medrosos, torpes aún, y comenzábamos

a pensar ya en las jornadas de gloria que nos esperaban. Sin embargo, sólo el día en que encontrábamos la primera lagartija tomando el sol en alguna pared de la solana, decidíamos que, para nosotros, definitivamente, había comenzado la primavera. Lo llamábamos «el día de la lagartija» y lo rodeábamos con un círculo rojo en los calendarios. La vida volvía de pronto. Se presentaba de sopetón, como si hubiera estado escondida tras las cortinas del invierno en alguna alcoba invisible, sin haberse ido nunca de la casa, y nos daba esa sorpresa con su repentina aparición. Anegaba todo el valle con una furiosa llamarada de colores, y, simultáneamente, los aromas más delicados se propagaban por todas partes. Los primeros días nos sumergíamos en un estado de somnolencia agradabilísima: se adormecían nuestros sentidos y nos mareaba la felicidad, como a la primera abeja.

A últimos de marzo llegaba el «tiempo de los escarabajos dorados». Aparecían cuando los días se volvían tibios y el aire traía aquellos olores y aquel calor iba incubándose en el aire. No se sabe por qué, ni de dónde venían, pero, al atardecer, justo cuando el Sol se ponía en el horizonte, se lanzaban con furia desde los cerros. Aunque mostraban predilección por las farolas, cualquier cosa que brillase constituía su objetivo. Empujados por el instinto de la luz, buscaban ávidos las casas con las bombillas encendidas. Se golpeaban contra los cristales de las ventanas, caían al suelo y comenzaban una alocada carrera sobre cualquiera que fuese el lugar de su aterrizaje. Por las mañanas aparecían docenas de ellos ahogados en el agua de los cubos o en los bebederos del ganado, sin duda engañados por el reflejo de alguna estrella o algún farol.

Solían llegar goteando, de uno en uno, pero, cuando ya era de noche, podía encontrarse hasta una docena al pie de cada farola o en cada punto luminoso del pueblo. El primer día, los gatos se comían algunos; sin embargo, el segundo huían bufando apenas oían el zumbido de sus

alas. Su aspecto no era en absoluto desagradable, sino al contrario, su color de miel, más tostado en el lomo y de oro brillante bajo el abdomen, les daba el aspecto de una preciosa joya viva. Eran totalmente inofensivos, aunque su propia indefensión y su frenética actividad resultaban irritantes. Desde el momento en que tocaban el suelo, o lo que ellos interpretaban como tal, sus patas rebullían con la porfía de urgencias inaplazables. Boca abajo o boca arriba, no conocían pausa: abrían y cerraban sus élitros, como paraguas de oro, mostrando unas alitas frágiles y transparentes, sin dejar, ni por un momento, de agitar los abanicos de sus antenas y sus palpos diminutos. Tenían, además, un talento admirable para el teatro: apenas los tocaba una persona o un animal, se quedaban rígidos, las patas estiradas, las alas entreabiertas, con todas las trazas de una muerte repentina. Y así podían permanecer larguísimo minutos, en la simulación más perfecta que he visto en el mundo de los insectos. Cuando sentían que el peligro había pasado, retomaban su trote desgarrado, con aquellas prisas tan incomprensibles para nosotros.

—Son una clase de escarabajos —nos explicó el maestro—. Del orden de los coleópteros, para más señas, y... No hay nada malo en esa palabra —aclaró ante nuestras caras de extrañeza—. Es un nombre que viene del griego: de *Koleos*, que significa «vaina», y de *Pteron* que significa «ala». O sea que llevan las alas protegidas por una funda. A las mariposas se las llama *lepidópteros* porque tienen las alas cubiertas de escamas, que se dice *lepidos* en griego. Y las moscas son *dípteros* porque tienen *dis*, o sea «dos», alas. Y los pececillos de plata, esos que se comen los libros viejos, son *ápteros*, «sin alas», porque en griego «a» significa «sin».

Siguió contando que estos escarabajos tienen un período de vida muy corto y ajetreado. —¡Eso ya lo sabíamos nosotros!— durante el cual deben salir de los huevos subterráneos, aprender a respirar, alimentarse de estiércol, no

dejarse comer, hacerse adultos, emprender el vuelo, aterrizar, poner sus propios huevos y morirse. Todo en sólo unos días...

Parecía un programa agotador el de aquellos bichitos dorados... Pero nosotros no mostrábamos ninguna compasión por ellos. A veces los cogíamos, los metíamos en botes, y luego los exhibíamos ante las narices de quien supiéramos que le daban más asco. Otras veces los arrojábamos a los pies de las chicas, y éstas organizaban un guirigay de grititos, saltos y carreras que espantaba a los pobres bichos y a nosotros nos hacía reír. Los más brutos no perdían la oportunidad, si ésta se presentaba, de colarles uno de aquellos escarabajos en la espalda, entre la piel y la camisa. Hiciéramos lo que hiciéramos, ellas siempre nos insultaban y huían en cuanto nos veían con el bote recogiendo «moscardones» –que así los llamaban– en las cunetas o al lado de las farolas. Nos reíamos sólo con ver sus gestos de repugnancia. Tardaban unos días en hablarnos, pero, cuando volvían a hacerlo, sabíamos que su desquite era inminente y que nos harían expiar nuestros atrevimientos: los últimos días de abril, los maestros nos llevaban de paseo al prado, y allí ellas se burlaban de nuestra torpeza al saltar a la comba en grupo, se reían de lo mal que sonaban nuestras canciones, largamente ensayadas, al lado de sus voces angelicales –¡tan endiabladamente humillantes! – y se tiraban por el suelo de risa con nuestra poca gracia para bailar lo de:

El señorito...

ha entrado en el baile;

que lo baile, que lo baile,

que lo baile.

Y si no lo baila,

le daremos un castigo;

que lo pague, que lo pague,

que lo pague.

A pesar de todo, salíamos con decisión al centro del corro: avergonzados, torpes patitos con las manos en la cintura, moviendo las caderas, rojos como cerezas durante los primeros instantes en aquel juego de chicas.

*Que salga usted,
que le quiero ver bailar,
saltar y brincar,
dar vueltas al aire.
Con lo bien que lo baila el mozo,
dejadle solo en el baile.*

Enseguida nos dejábamos atrapar por la canción, por las palmadas, e íbamos imprimiendo a nuestros movimientos el ritmo de las botas en los charcos. Por fin, encantados, ejecutábamos con naturalidad unos cuantos pasos y acabábamos la actuación sacando al centro a la más guapa del corro.

De este modo olvidábamos nuestras rencillas, volvíamos a ser amigos. La paz se firmaba definitivamente cuando preparábamos la celebración de «las flores». Allí teníamos la oportunidad de mostrarnos de nuevo como auténticos caballeros, y ellas como damas refinadas: cada día de mayo, cuando ya iban a medias las clases de la tarde, tres chicos salíamos a los terraplenes, las cunetas y los huertos, a recoger diminutas florecillas salvajes que juntábamos en ramilletes y subíamos a la escuela. Se las dábamos a tres chicas y ellas las colocaban, con un arte que nos parecía inexplicable, alrededor del altarcillo de la Virgen. Luego, los maestros suspendían las lecciones y allí nos leían vidas de santos, rezábamos, y cantábamos alguna canción que supiéramos todos.

La historia que sigue, la que justifica esta larga presentación y en la que yo sitúo el origen remoto de mi pasión por los aviones, tuvo lugar justo cuando acabó el «tiempo de los escarabajos dorados».

Parte segunda

UN lunes de mediados de abril, comenzamos las actividades aeronáuticas con un fervor inusitado. JC fue, como casi siempre, el ingeniero de aquella empresa romántica y fatal. Revolviendo en las destartaladas estanterías de la escuela, tropezamos con un extraño libro, grande y flaco. Tenía un nombre aún más extraño: *Papiroflexia. El arte de la paciencia*, o algo así. A pesar de tener los bordes amarillentos, daba la impresión de que nadie lo había abierto jamás. Al principio nos llamaron la atención las siluetas de animales, muebles y objetos dibujados. Las líneas marcadas con guiones y puntos suspensivos añadían su pizca de misterio. El autor aseguraba que, si se seguían meticulosamente sus instrucciones, los resultados serían «espléndidos» y «artísticos», «mucho más satisfactorios que los que ofrecía un mero pasatiempo». Pero estas palabras no las comprendíamos bien, así que, uno por uno, lo fuimos hojeando, con más curiosidad que otra cosa. Finalmente, perdimos el interés tras la aparición de otro librote sobre los emperadores romanos, abarrotado de ilustraciones de batallas, retratos, caballos y palacios. Sólo JC siguió consultando con regularidad el exótico hallazgo.

JC se llamaba Juan Carlos, pero lo llamábamos así porque nos hizo gracia su costumbre de firmar los cuadernos con sus iniciales. Era el hijo del médico. Había llegado unos meses antes. No jugaba bien al fútbol, ni sabía trepar a los árboles, ni había demostrado especial valentía en la batalla que siguió al último partido de fútbol contra los de

Sotofuente. Pero enseguida nos hicimos amigos suyos. Su carácter pacífico, sus frases ocurrentes y la habilidad que demostraba trabajando con las manos nos hicieron desear su amistad.

Aparte de las firmas, tenía otras costumbres desconocidas entre nosotros. Inauditas y extravagantes, por distinguidas. Una de ellas era irse a pescar al Duratón, con su padre, los sábados y domingos por la tarde. «Qué aburrido debe de ser eso...», le decíamos. «A mí me gusta...», respondía invariablemente. A veces lo veíamos salir del coche con un barbo o una trucha, y entonces sí que lo admirábamos, porque era lo más parecido a un cazador de los bosques, a un trampero o... a Robin Hood, sin ir más lejos. También disponía de un juego de química –que no entendíamos, pero que le daba prestigio– y de una colección de coches de juguete tan bonitos que no encontrábamos palabras para expresarlo. Sin embargo, la más extraña de sus extrañas iniciativas consistía en bajarse al amanecer con su magnetófono a grabar las voces, los cantos y los ruidos de los huertos y las pobedas. En aquella época era el único chico que tenía para él solo uno de aquellos aparatos. Algunas tardes nos ponía lo que había grabado esa mañana:

–Esto es un ruiseñor macho...; esto, una oropéndola...; esto, un gorrión nuevo; ahora viene el croar de las ranas en celo; esto es una picaza... Ahora, un par de petirrojos; al fondo se oyen los primeros grillos; esto, el graznido de huida de un cuervo...

Tantos conocimientos nos dejaban asombrados. A pesar de ser de ciudad, le interesaban aquellas cosas. En esto se diferenciaba de los chicos que llegaban a veranear de Madrid, Barcelona o Bilbao: distantes, presuntuosos, hablando de cosas que no entendíamos. No paraban de parlotear sobre los trenes, los futbolistas y las películas de los cines de su barrio. Pero lo que más les gustaba era contar crímenes que rivalizaban en horror y truculencia. La

mayoría estaban sin resolver, naturalmente, y la mayoría tenían un autor común: la «Mano negra», la misteriosa organización criminal con ramificaciones en todo el país y parte del extranjero... De tomarlos en serio, sus ciudades resultarían lugares divertidos a la par que peligrosísimos, y la vida cotidiana constituiría la aventura más excitante. Lo cual no encajaba para nada con lo datos que, en silencio, íbamos acumulando sobre ellos y sus quehaceres. Solían ser arrogantes y, cuando les ganábamos al fútbol –les goleábamos casi siempre–, se enfadaban y nos llamaban paletos.



Una mañana vimos a JC sentado en el muro de cemento, con un papel immaculado entre las manos, aplicado en la tarea de plegarlo domando los bordes rígidos y las esquinas rebeldes. Al final consiguió una vaga forma de avión que era capaz de mantenerse en el aire. Nos lo dejó y fuimos probando las cualidades de aquel ejemplar cuyos antecedentes situamos en el libro extraño. Mientras,